

HIELO

preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte

Puntos de venta

Calle de Andía, número 4, comestibles.--Calle San Martín, número 46.--Calle de Zubieta, número 11
Pescadería de la Brecha y de la calle de Urbietta

A los pueblos situados en las líneas de San Sebastián á Bilbao y de Málzaga á Zumárraga se remiende de la fábrica

Diríjanse los pedidos á D. LUIS PALACIOS.--LASARTE

GRAN CASINO DE SAN SEBASTIÁN


Dos conciertos diarios de 5 á 7 de la tarde, de 9 y media á 11 y media de la noche. Clásicos los martes. Artísticos, miércoles y viernes. Baile-cotillón, jueves y domingos. Baile de niños con tómbola, jueves y domingos. Restaurant de primer orden. Afternoon tea todos los días á la hora del concierto.

Galletas y bizcochos

“CANTABRIA”

Insausti y Compañía

Fábrica: Barrio de Ulla: Teléfono 396. Despacho para ventas al detall á precios reducidos

Legazpi, 5. Teléfono 698.  San Sebastián

En aquella parte del juego tuvo por compañero al hábil jugador de todos nosotros.

—Venamos cómo estamos — dijo el capitán, — y sepamos cuál es el todo de mis ganancias. Me debéis doscientas cincuenta guineas; ¡qué mala suerte tenéis hoy!

—¿Queréis que la juguemos á la buena? El que gana, ganará todo y el que pierda lo mismo.

—Si algunas horas antes me hubiesen dicho que iba á exponerme á perder sumas tan considerables, habríamos burlado ó rechazado con energía las afirmaciones.

—Tres puntos para las bazas y dos para los triunfos — dijo Chesham con mucha calma.

De antemano puse las cosas en lo peor; en la jugada siguiente hicimos cuatro bazas, nuestros adversarios tres y algunos tantos además. Al ver seis bazas alineadas simétricamente delante del capitán, dije que todo estaba perdido. IM compañero, con una astucia digna del señor Chesham, hizo una baza con un nueve. Chesham reclinó los dientes y yo exhalé un suspiro de satisfacción, empero á despecho de ese vislumbre de esperanza, la suerte me volvió la espalda. Apenas me atrevo á decir lo que ocurrió en la jugada siguiente; pero con seguridad que no será el primero ni el último que pierda la cabeza en semejantes circunstancias. Diferénciese las cartas y, ¡oh! asombro! la más importante de mi juego era un nueve. Eché las cartas al descubierto sobre la mesa.

—Recoged esas cartas y jugar — me dijo el compañero.

—¡Ah! — exclamó Chesham. — Vais á jugar á cartas vistas.

El azar no había dicho, sin embargo, su última palabra. Por la primera vez mi compañero tenía en la mano cuatro triunfos, y á pesar de mi arranque de impaciencia, el juego iba á sernos favorable. Había cinco bazas por cada parte, y nos quedamos, antes de hacer ninguna jugada, pensativos como los augures.

—Creo — dijo Chesham, echando una carta con la que hizo una baza — que he sabido jugar, echando la carta que era necesaria, y que fué una buena respuesta á nuestro ataque.

—¡Habéis perdido una vez más!

—En las circunstancias en que nos hallábamos, no debísteis obligar al señor Norris á que jugase á cartas vistas — observó mi compañero de juego.

—El juego es el juego! Y aquí no se juega en broma con tantos sin valor. El señor Norris me debe tres mil libras (1).

(1) Aproximadamente 75.000 pesetas.

cantidad, sin recibir antes autorización de aquí, que á la sazón se hallaban en los anfitriones? De mi traje se desprendía un acre olor á tabaco y á consecuencia de tener en la mano las cartas durante tantas horas, mis dedos se crispaban. Tenía, además, los pies fríos como el hielo, y la sangre agolpada á la cabeza. Al entrar en mi cuarto me eché en la cama pidiendo á Morfeo descanso y olvido; una idea horrible me impidió, durante largas interminables horas, conciliar el sueño; si no podía obtener la cantidad que necesitaba para salir de mi compromiso, y esto en el término preteritorio de cuarenta y ocho horas, no me quedaba más que un recurso, la muerte. Dominábase una excitación nerviosa tan extraordinaria, que me impedía en algunos momentos estar tranquilo. Deseando calmarme, y al ver que el tiempo iba pasando y se aproximaba la hora en que podía ver al señor Grace, me decidí á tomar un baño frío que calmó mis nervios en tensión. Vestíme decidido á no detenerme más, y á hacer la confesión de mis culpas é imprevisión. Hecho todo esto, con un aspecto tan humilde como contrariado, me dirigí hacia el bufete de Belford Row. Gran esfuerzo necesitó para hacer aquella confesión que el señor Grace escuchó sin interrumpirme, limitándose á lanzar de vez en cuando alguna exclamación. La cifra de mis pérdidas, que le dije al final, hizo dar un salto.

—Tres mil libras esterlinas, señor Felipe! — exclamó. — ¡Y yo que me había figurado que el máximo no excedía de doscientas libras. ¿Cómo se explica que hayáis perdido esa cantidad?

La expresión del rostro del señor Grace

cuando siguió hablando, no tenía nada de tranquilizadora.

—No permitiré únicamente preguntaros si os han ganado ese dinero honradamente, y cuando digo honradamente, empleo el lenguaje de los jugadores que no tienen en cuenta, ni el talento ni la edad ó la experiencia.

—¿Y á quién debéis esa cantidad? Cuando digo debéis me refiero en el punto de vista social, porque no dudo que sabréis que las deudas del juego son legalmente exigibles.

—Es una deuda de honor, y si no puedo pagarla, me mata.

—¡Miserable divina! ¿Cuántas veces en esta mismo sitio de esta frase! ¿Quién fué vuestro adversario en el juego?

—Casi preferiría no decirlo.

—Es preciso que me lo digáis, porque no sabiendo, estoy como con las manos atadas.

—Se apellida Chesham.

—Chesham, así solo, no quiere decir nada; ¿qué clase de hombre es?

—Es un tipo alto y delgado, que cojea un poco.

—¡Ah! ¿Ya adivino quién es! No puede ser sino él! ¿Figura en el número de vuestros amigos?

—No, señor! La noche pasada le vi por primera vez, y le detesto, le aborrezco; su aspecto me recuerda á Melistóteles.

—Así es, en efecto. Debe haber en ese hombre algo de diabólico — dijo el señor Grace. — Vuestro padre se va á disgustar, pero estoy seguro que se disgustaría aún mucho más, si no pagase á se-

mejante hombre; ¿cuándo necesitáis esa cantidad tan importante?

—Hoy mismo á ser posible, pues no descansaré á gusto hasta que haya pagado esa deuda.

—¿Y no puede ser, porque es muy tarde, venid mañana por la tarde á primera hora y os la entregará. Desde luego supongo que preferiréis billetes. En cuanto hayáis pagado vuestra deuda al capitán Chesham, os suplico que vayáis á ver á lord Rothwell, al que le contaréis lo sucedido; ya sabéis que es uno de mis clientes, y precisamente la última vez que estubo á verme me habló largo y detenidamente de vos. Esa es la única condición que os impongo.

—Habría preferido que la cosa quedase en secreto; pero el señor Grace no era de esa opinión, y no tenía más recurso que seguir sus consejos. Pasé la tarde y noche de aquel día y la mañana del siguiente, haciendo actos de contrición y de firme propósito de nunca más pecar y de volver á cometer las mismas faltas. Conforme con lo que habíamos convenido el señor Grace me entregó en un sobre cerrado el precio de mis locuras, y lo guardó bajo llave, proponiéndome ir aquella misma noche á liquidar mi deuda. Comí, sin apetito en el círculo, pues si bien habíame prometido no jugar más, no por eso dejaba de frecuentar aquel lugar. La sorpresa que experimenté al ver allí á Chesham, fué grande, y me pesó haber dejado el dinero en mi casa. Fijéme en mí con ansiosa mirada, inquietándole sin duda la idea de que fuese tan joven el que le debía una cantidad tan importante.

—¿Pensáis venir esta noche, capitán? — le pregunté.

—Sí, si lo desecís, por más que tenía otros proyectos.

—¿Tengo en casa la cantidad que os debo — respondí.

—El capitán se inclinó, saludándome.

—Y me propongo ir á buscarla en cuanto haya comido, á menos que no tengáis que ir huec a aquella parte.

—Según tengo entendido, vivís en Albernale-Street.

Hice un signo de asentimiento, y Chesham añadió:

—Pues bien, si he de seguir ese camino, de modo que os acompañaré y os evitaré el que tengáis que volver aquí esta noche.

—Estoy á vuestras órdenes.

La comida del capitán duró, naturalmente, mucho más que la mía, y me fui al salón de fumar para esperarle. A eso de las ocho se presentó allí, cojeando, y juntos, nos marchamos.

—¡D á avisar un coche — dijo Chesham á uno de los porteros del círculo.

Durante el trayecto mostréme mi compañero muy amable, preguntándome si deseaba tomar mi revancha, y quedé convencido de que se puso muy contento cuando se enteró de que una vez pagada mi deuda, no pensaba llevar más adelante el asunto. Subió con mucha lentitud la escalera y en mi cuarto hallé á Valentín, que me esperaba fumando uno de mis mejores cigarros. Al verle allí, quedése estupefacto Chesham.

—¿Desearís que os deje solos? — preguntó Valentín.

—No, amigo mío, el capitán y yo necesitamos muy poco tiempo para despachar lo que traemos entre manos.